

DEO GRATIAS

J. IGNACIO TELLECHEA IDIGORAS

Agintari ospetsu, adizkide maite, Jaun-andreok: Au salsa! Itz auekin, asiera eman arren, bukaera emango nioke itzaldi oni. Bañan nola utzi ezer esan gabe, ez entzunditugun «onrak eta alabantzak», norbaitek esango zuen bezela, emen azaldudan adizkidetasun eta maitetasuna baizik. Omenaldi onen berezitasuna oso ageri dago: ilzeko zorian nengoela jaio zen; bañan bizia, oso bizia naukazute, adizkideok, Jainkoari ezkerak, bai Jainkoari, eta ainbeste ta ainbeste zaitunaizuetenari. Milla esker danoi eta segi dezagun bakoitzak gure bidea, «asmoz eta jakitez».

Comenzaba estas palabras con una expresión de un cura baztanés de escasas luces, que un día, en la fiesta de la Trinidad, quiso deslumbrar a sus parroquianos con un sermón de los más altos vuelos. Repasó un sofisticado enunciado escolástico que, en escala numérica ascendente y descendente, hablaba de naturaleza, relaciones, personas... Pero, al llegar la hora de la verdad del sermón, descarriló, se confundió y empezó a desbarrar hablando de una persona, tres dioses, cuatro relaciones... y ante su propio desconcierto, cortó el hilo de los despropósitos, exclamando: «¡Qué salsa, queridos cristianos!». Y con ello, sin quererlo, obtuvo la más plena aquiescencia de los oyentes, pasmados ante la altísima sabiduría de su párroco, que les asombró con lo que dijo y no entendieron y, sobre todo, con esa confesión que aún dejaba anchos espacios para lo inefable e indefinible.

Pues bien ¡qué salsa!, queridos amigos, tener que decir algo en este momento, el menos grato de un largo proceso agradable en el que he sido cómplice; de todo menos del nacimiento de esta iniciativa del Homenaje, pero sí en todo lo demás. La única mácula de esta *confabulación de amistad* es que no ha sido secreta, como luego os diré.

Una de mis complicidades ha sido la de haber elaborado mi propia bibliografía, el elenco de todo lo que he escrito desde un ya lejano 1949. Suele ser usual que los homenajeados o los home-

najeantes dispongan de algún «negro» que realice tal tarea. Pero ¿quién, sin mi ayuda, podría seguir los meandros de mis publicaciones? Decidida la obligada tarea, era yo el que menos tiempo emplearía en llevarla a cabo y podréis comprobar que no ha sido poco. Pero para justificar esta desacostumbrada inclusión de un trabajo mío, esta especie de autohomenaje, tuve que anteponer unas páginas cuya lectura me va a ahorrar ahora esfuerzos que la emoción dificulta.

«Los autores de estos estupendos estudios históricos bautizaron la «criatura» antes de nacer, al concebirla, con el pomposo título de HOMENAJE al que esto firma. La verdad es que el noble propósito no acaba, para mí, de desprenderse de un cierto tufillo a muerto. Sí, yo me moría, me encontré en trance de muerte muchas veces, al menos eso dicen los médicos y otras personas que no lo son, y no les falta razón. Más de una vez apostaron las enfermeras a que no pasaba la noche o las tres de la tarde. Durante esa larga batalla me llegó la noticia de esta conspiración de amistad, más que como pecado de indiscreción, como consolamentum incitante, para que me fuese de este mundo enterado y no quedase el asunto en puro homenaje póstumo. Al fin y al cabo, de Historia se trataba y algo tenía que ver con ella la urdimbre y trama de mi vida: de mi docencia, en la que cumplía Bodas de Plata; de mis esfuerzos e investigaciones, que contaban aún con más años. De mi afición apasionante y apasionada, en suma.

Me gustó que la idea surgiese entre un grupo de jóvenes, ajenos a mis clases, a los que capitanearon un antiguo alumno y hoy colega, Joseba Goñi, y dos amigos fervientes como Selma Barkham y Juan Antonio Garmendia. Si San Pablo aceptaba los torvos discursos de émulos y antagonistas dunmodo clarificetur Christus, ¿cómo no iba yo a dejar que se expansionase el afecto y la ilusión juvenil, siempre prometedora, con tal que se clarificasen puntos aún oscuros de nuestra Historia? En aquel trance y con la preocupación de no poder editar el tomo anual del Boletín de Estudios Históricos sobre San Sebastián, a cuyo nacimiento había contribuido durante quince años, cedí gustoso sus páginas para así despejar la dificultad de la financiación del tomo y asegurar su continuidad a pesar de mi forzada inactividad.

La «conspiración» ha resultado contagiosa e incontables los amigos sucesivamente implicados en la faena. Los plazos fijados, la extensión del volumen, la temática del mismo, han sido arrasados por la marea. Se ha mantenido cierta atmósfera doméstica o local, tanto por el tema de los estudios como por el afincamiento en el País de los autores. Es una ofrenda de amistad, de con-laboración, más que un homenaje, por ningún concepto merecido. Y eso es hermoso y hay que dejar que lo hermoso amanezca entre tanta noticia oscura. Además es casi un homenaje a la vida. Porque, a pesar de todos los pronósticos sombríos, reviví y volví a mi trabajo y sigo al pie de obra».

¿Qué más puedo añadir a estas palabras que un agradecimiento inmenso a todos los que han hecho posible la aparición de estos dos estupendos tomos que ahora pasarán a vuestras manos para delicia y disfrute? Gracias a todos, no por eso que habéis llamado Homenaje, que no lo merezco, sino por esta que yo llamaría más a gusto *memoria amicorum* y de amigos de la tierra, de casa. Mi complicidad se ha extendido hasta a imponer tajantemente que los amigos fuesen los del entorno, dejando en paz a amigos también de Salamanca, Madrid y Barcelona, a amigos de Francia, Holanda, Alemania, Italia, Estados Unidos...

Memoria o memorial, pues, de amigos domésticos de la pequeña patria: casi absolutamente todos los que figurais en esta larga lista lo erais ya —admirados maestros unos, respetados colegas otros y no pocos, jóvenes o alumnos queridos—; otros, muy pocos, sois amigos desde ahora por figurar en ella. Y no es el aspecto menos insólito de esta obra este «concentrado» de amistad, en tiempos de tanta división y odio, de tanto «cotarro y cofradía», como diría nuestro Unamuno. Estoy contento de tener tantos, tales y tan distintos amigos, y de disfrutar de este testimonio de amistad venturosamente no póstumo; y también de haber dado ocasión a que por un momento el amor acalle con fuerza las voces de la indiferencia, de la aversión y del odio y se haya canalizado por caminos creativos que aportan luz y ejemplaridad a nuestra sociedad enferma. Es como un soplo vivificador en este sábado de adviento, el tiempo de la expectación de dones todavía mucho más altos.

Insólito es también que lo que nació al impulso cálido de una

larga vigilia de muerte se convierta hoy en encuentro feliz; y que, a pesar de esto, se incluya en el Homenaje un maravilloso artículo necrológico, sí, y carta de despedida, escrito para el periódico en angustioso trance por el amigo Juan Antonio Garmendia, incrustado ahora en esa que él define «Biografía afectiva» en la que podréis verificar cuánto más peso y sustancia tiene el adjetivo que el sustantivo. ¡Que ya es decir! Esas páginas y las de los que primero colaborasteis están amasadas con angustia; y las de todos los que, como una bola de nieve que aumenta, os habeis ido sumando a la tarea están cargadas de afecto. Aquella iniciativa emocional de los primeros meses de 1981 y últimos del 80 es hoy realidad tangible. Algo *real*, porque, en cambio, de un libro mío entregado al editor hace algunos años, os puedo decir que habiendo estado a punto de entrar en máquinas a cuenta de mi «moribundia» y a título de homenaje póstumo, se ha quedado en la carpeta, por la tristísima razón de que no me acabé de morir. Es mi «impuesto de renta personal» por circular de nuevo por la calle. ¡Ironías de la vida y de la muerte!

* * *

«Ahí está eso»!, decía Nietzsche al contemplar los Alpes. Y «aquí está esto», digo yo contemplando esta pequeña montaña de letra impresa. Y aquí estoy yo entre vosotros aguantando firme esta afectuosa marea. Gracias al cielo y a otras personas, que si no han contribuido al Homenaje, sí han contribuido a que esté entre vosotros el homenajeado.

Si hubiesen de comparecer todos los que me han cuidado técnica o profesionalmente y cuantos me acompañaron amorosamente, no cabrían en esta sala. Aquí está una simbólica representación, escondida entre los colaboradores. La Dra. Pilar Marco, que me cuidó tantos meses en la UVI y a la que desde aquí envío un abrazo fluego vi que estuvo también el Dr. Irazoquil. En sus personas, vaya mi gratitud a todos cuantos en la Clínica de San Ignacio, en la Residencia Sanitaria Nuestra Señora de Aránzazu, en el Hospital Provincial, el Instituto Oncológico y el Policlínico, larga u ocasionalmente me cuidaron o acompañaron. Y expreso públicamente mi gratitud sin par a mi hermana aquí presente, que nunca me suele

acompañar en mis éxitos y me acompañó inmensamente en largos meses de pena y de zozobra.

Mi gratitud, en fin, a las autoridades aquí presentes que nos honran a todos con su asistencia, y a la Caja de Ahorros Municipal que, a través del Grupo Doctor Camino, ha patrocinado el que vuestros saberes y vuestra amistad pasen a letra impresa y perduren más allá de lo pasajero de este acto.

Queridos amigos: lo que germinó envuelto en presagios fúnebres nace hoy como un canto a la vida, como un himno a la alegría. Este acto es el eslabón último de un período de mi vida, de estos dos últimos meses, en que he gozado íntimamente del gozo de sobrevivir: siete conferencias y días inolvidables en Argentina, dos conferencias en Madrid, tres en Zaragoza, una en Valencia y otra en Bilbao, una ponencia en el congreso luterano de Turín y la participación el lunes pasado en un tribunal de tesis doctoral sobre el Arzobispo Carranza en la Universidad Gregoriana de Roma, sin contar las tareas docentes ordinarias, constituyen un record de vitalidad. Además me han facilitado el reencuentro feliz con tantos y tantos otros amigos lejanos, alguno no visto desde hacía treinta años, no pocos de los cuales me decían: «Oí que estuviste algo malucho». Otros: «¡Cuánta angustia pasamos a tu cuenta!». A los que serenamente respondía: «Sí, algo malucho!, con el funeral preparado, la mortaja dispuesta —que todavía la retiene uno de los aquí presentes— y la Funeraria aguardando la confirmación definitiva».

Pero no voy a caer en la insensata tentación de presumir de la vida, de la supervivencia, ni siquiera pensando que varios de los que me acompañaron han desaparecido de entre nosotros. Y estoy muy lejos de tal tentación, porque, tras lo dicho comprendereis que, probablemente mejor que vosotros, sé, siento y percibo la vida como un don, un don maravilloso de Dios para mí y para los demás, que he de hacerlo fecundo.

Por todo ello, gracias a vosotros, mis amigos, por vuestro trabajo, vuestro afecto y vuestra compañía. Y sin rubor alguno, *Deo gratias*, gracias al Señor, al Señor para quien «morimos y vivimos» (Rom 14, 8).